HIJAS DE JESÚS

MENSAJES

BEATIFICACIÓN DE LA MADRE CÁNDIDA MARÍA DE JESÚS Y DE LA H. MARÍA ANTONIA BANDRÉS

150 AÑOS DEL NACIMIENTO DE LA MADRE CÁNDIDA MARÍA DE JESÚS

ROMA 1996

Hijas de Jesús

MENSAJES

BEATIFICACIÓN DE LA MADRE CÁNDIDA

MARÍA DE JESÚS Y DE LA H. MARÍA

ANTONIA BANDRÉS

150 AÑOS DEL NACIMIENTO DE LA

MADRE CÁNDIDA MARÍA DE JESÚS

ROMA 1996

INDICE

1. **MENSAJES DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II……..5**

    1. Durante la ceremonia de la beatificación……..7
    2. Al finalizar el rezo del Regina coeli……11
    3. En la audiencia a los peregrinos que acudieron a Roma para la beatificación……..14

II. MENSAJES DE LA SUPERIORA GENERAL Mª PILAR MARTINEZ

1. En el traslado de los restos de la M. Cándida María de Jesús……..19
2. En la clausura del año jubilar……..24

I.

MENSAJES DEL SANTO PADRE
JUAN PABLO II

1. DURANTE LA CEREMONIA DE LA BEATIFICACIÓN

Roma, 12 mayo 1996

"Si me amáis, guardaréis mis mandamientos " (Jn 14, 15)

1.Hoy, sexto domingo del tiempo de Pascua, la Iglesia nos invita a alabar a Dios, confirmando con la solemne liturgia de beatificación la veneración a los siervos de Dios Alfredo Ildefonso Schuster, Filippo Smaldone, Gennaro María Sarnelli, María Raffaela Cimatti, Cándida María de Jesús Cipitria y Barriola y María Antonia Bandrés Elósegui.

A ellos se refieren las palabras del evangelio de hoy: "*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos".* Los nuevos beatos *guardaron la palabra de Cristo* y, de este modo, *le demostraron su amor (cf Jn* 14, 15.21).

Se cumplió en ellos lo que el Señor había prometido a los discípulos: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn 14, 23).

Estos siervos de Dios *fueron templo vivo de la Santísima Trinidad; ahora se encuentran en su morada por toda la eternidad:* " Entonces sabréis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros" (Jn 14, 20).

Adoraron a Cristo en su corazón, como enseña San Pedro, "siempre dispuestos a dar razón" de la esperanza "que había en ellos" a todo el que la pidiera. Con dulzura, respeto y recta conciencia, *mostraron estar prontos* – si era la voluntad de Dios-a "*padecer haciendo el bien",* antes que hacer el mal (c. I P 3, 15-17).

Lo que anuncia la vigilia pascual se hizo plenamente realidad en ellos, según la vocación específica de cada uno.

(…)

6. Guardar los mandamientos de Jesús es la prueba de amor a él (cf Jn 14, 21). Así lo entendió la *Madre Cándida María de Jesús Cipitria y Barriola,* que ya en su juventud decía: "Yo sólo para Dios", y en el momento de su muerte afirmaba : "De los cuarenta años de mi vida religiosa , no recuerdo un solo momento que no haya sido para Dios". Su profunda experiencia del amor de Dios a cada una de sus criaturas la llevó a corresponder con generosidad y entrega. Plasmó su caridad con el prójimo en la fundación de la congregación de las Hijas de Jesús, con el carisma de la educación

cristiana de la infancia y juventud. Las atenciones que prodigaba a sus religiosas, a los bienhechores de sus obras, a los sacerdotes, a las alumnas, a los necesitados, hasta hacerse universal, son una manifestación visible de su amor a Dios, de su seguimiento radical de Jesús y de su consagración total a la causa de su Reino.

La madre Cándida dijo un día a una alumna de su colegio de Tolosa: "Tú serás Hija de Jesús". La joven era *María Antonia Bandrés Elósegui,* que hoy con la fundadora a la gloria de los altares. Enamorada de Jesús, procuró que los demás también lo amasen. Como catequista, formadora de obreras, misionera en el deseo siendo ya religiosa, gastó su breve existencia en compartir, amar y servir a los demás. En su enfermedad, unida a Cristo, nos dejó un ejemplo elocuente de participación en la obra salvadora de la cruz.

El testimonio de las vidas de estas dos nuevas beatas llena de gozo a la Iglesia y ha de mover a su congregación, extendida por tantos países de Europa, América y Asia, a seguir sus ricas enseñanzas, el modelo de su entrega y la perseverancia en su fidelidad al carisma recibido del Espíritu.

7.*Aclamad al Señor, tierra entera;* tocad himnos a su gloria. *Decid a Dios: "¡Qué temibles son tus obras!" (Sal 65, 1-3).*

Entre las maravillas que Dios realiza continuamente, reviste singular importancia la obra maravillosa de la santidad, porque se refiere directamente a la persona humana.

La santidad es la plenitud de la vida: *Gloria Dei vivens homo.* La gloria de Dios es el hombre vivo. *Vita autem himinis visio Dei:* pero la vida del hombre es la visión de Dios (cf. san Ireneo, *adv haer., IV 20,7).*

¡Grandes son tus obras, oh Señor! Contemplamos las maravillas de tu amor en la vida y en la fe de María, Madre de la Iglesia; en la vida y en la fe de estos hermanos y hermanas nuestros a quienes hoy proclamamos beatos.

Junto con ellos aclamamos: Gloria y alabanza a ti, oh Cristo, redentor del mundo. Amén.

2. AL FINALIZAR EL REZO DEL REGINA COELI

Roma 12 mayo 1996

Amadísimos hermanos y hermanas:

1.Los beatos, que acabo de elevar al honor de los altares, enriquecen el panorama de santidad de la Iglesia como rayos de la gloria de Cristo resucitado. Se conformaron a él abriéndose a la efusión de su Espíritu, y manifestaron así *el poder de la Resurrección,* que es victoria sobre el pecado y sobre la muerte.

Cristo resucitado es, de verdad, el sentido del *hombre y el destino del mundo.* "En él, la historia de la humanidad e, incluso, toda la creación encuentran su recapitulación (cf. Ef 1,10), su cumplimiento trascendente" *(Catecismo de la Iglesia católica, n. 668).*

Las vicisitudes terrenas de todo ser humano que llega a la gloria de los altares confirman, del modo más claro y convincente, esta verdad. También esta mañana, con los seis nuevos beatos, hemos podido experimentarla directamente.

2.Dirijo un saludo cordial a los numerosos peregrinos que han venido aquí partes de Italia, de España y del mundo. Mi pensamiento fraterno se dirige a los prelados que han acompañado a sus fieles para participar en esta larga liturgia de beatificación.

(….)

3.En este día de gozo para toda la Iglesia quiero dirigir un afectuoso saludo a las religiosas jesuitinas, así como a los numerosos obispos, sacerdotes y fieles venidos de España, América Latina y Asia para la beatificación de la Madre Cándida María de Jesús y de María Antonia Bandrés.

La profunda espiritualidad de estas dos guipuzcoanas de corazón universal, fundamentada en los ejercicios ignacianos, las movió a entregarse con celo santo al servicio de la Iglesia y de las necesidades de las gentes de su época. Su testimonio sigue vivo en nuestros días y nos habla de ardor misionero, de humilde confianza, de procurar siempre y en todo la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres.

4.Miremos a la Virgen santísima, la toda hermosa, que en la tierra siguió a su Hijo divino con fe manifestada en obras, y ahora participa en su mismo destino de gloria en el cielo.

Que la intercesión de María santísima y de los nuevos beatos, en la comunión de todos los santos, nos obtenga acoger con coherencia las exigencias del evangelio y nos sostenga en el compromiso de traducirlas a la vida ordinaria.

3. EN LA AUDIENCIA A LOS PEREGRINOS QUE ACUDIERON A ROMA PARA LA BEATIFICACIÓN

Roma, 13 mayo 1996

Queridos hermanos y hermanas:

1.Muchos de vosotros habéis venido a la ceremonia de beatificación de la *madre Cándida María de Jesús Cipitria y Barriola y de María Antonia Bandrés Elósegui,* principalmente desde el País Vasco, su tierra natal y de Salamanca, lugar de su muerte y donde se custodian sus sepulcros. Habéis venido también desde otros puntos de España, Brasil, Bolivia, Argentina, Colombia, Venezuela, República Dominicana, Cuba, Estados Unidos, Filipinas, Taiwán y Japón donde viven y trabajan las Hijas de Jesús. A todos os saludo con afecto y os doy mi más cordial bienvenida.

2.Las nuevas beatas son un ejemplo de servicio. La *madre Cándida,* siendo aún joven, tuvo que cuidar de sus hermanas menores en una familia numerosa, a la vez que daba los primeros pasos en la vida de piedad. Después en Valladolid, mientras servía en una familia, viviendo en actitud de penitencia y oración, que son dos caminos necesarios para tomar toda decisión importante, piensa en fundar una congregación con el nombre de *hijas de Jesús,* dedicada a la salvación de las almas. Finalmente en Salamanca da el paso definitivo bajo el amparo y particular protección de la Virgen María.

Con una firme aspiración a la santidad, la *beata Cándida María de Jesús* se entregó a Dios dedicándose a la formación cristiana de la infancia y juventud, respondiendo así a un imperativo pastoral de la Iglesia y a una necesidad de la sociedad de entonces. En efecto, la educación integral es condición indispensable para el crecimiento moral de las personas y para el progreso de los pueblos, lo cual forma parte de la acción evangelizadora de la Iglesia.

3.Uno de los primeros y más insignes frutos de esa acción educativa fue la figura de la beata *María Antonia Bandrés,* que desde su juventud se ofreció a Dios, siguiendo fielmente los pasos de la madre Cándida y viviendo de forma alegre y fervorosa su servicio al Señor. Los pobres fueron sus predilectos: con ellos compartía ya de niña todo cuanto tenía. Lo había aprendido de sus padres, que le enseñaron que

el amor a los otros era un deber aunque ella supo llevar a cabo las obras de misericordia con sencillez

Misericordia con sencillez y naturalidad para que nadie se sintiera herido. El desprendimiento de sí misma y de las cosas y el más completo abandono en la Providencia divina templaron su fortaleza y su esperanza. Así preparó su alma para ofrecer su vida por alguien a quien amaba y veía lejos de las prácticas de la fe.

Su testimonio debe ayudar a las jóvenes y a los jóvenes a descubrir la belleza de la vida consagrada totalmente al Señor, a comprender mejor el sentido de la oración y fecundidad del sufrimiento, ofrecido a Cristo por amor a los demás.

4.El gran gozo de contemplar a las dos beatas en la gloria de los altares ha de ser para todas las *Hijas de Jesús,* para sus alumnas y alumnos y para cuantos colaboran en las diversas obras de apostolado promovidas por la familia jesuitina, una ocasión propicia para encarnar fielmente su carisma en la sociedad actual, poniendo en práctica con el propio ejemplo las enseñanzas que ellas os han dejado. Con estos sentimientos os imparto de corazón a todos vosotros, así como a vuestras familias y seres queridos la bendición apostólica.

II

MENSAJES DE LA SUPERIORA GENERAL, Mº PILAR MARTÍNEZ

1. EN EL TRASLADO DE LOS RESTOS DE LA M. CÁNDIDA

Salamanca, 25 mayo 1996

Esta mañana hemos celebrado públicamente en la Clerecía la santidad de la M. Cándida. Hemos dado gracias al Padre por el don que, en ella, ha hecho a su Iglesia, y en concreto a la Iglesia local de Salamanca que la vio vivir, fundar su Congregación de Hijas de Jesús y morir santamente.

Ahora, más familiarmente, vivimos este encuentro fraterno junto a sus restos y lo vivimos en toda su honda significación.

¿Qué nos dicen sus restos, que desde ahora van a reposar en esta iglesia de Mostenses?

En primer lugar vivimos en este traslado el reconocimiento de que los santos, y ahora en concreto nuestra beata Cándida Mª de Jesús, pasan a ser patrimonio del pueblo de Dios. El pueblo de Salamanca y todos los que lleguen hasta aquí tienen todo el derecho de venerar su recuerdo y sus restos, de orar ante ella y pedir su intercesión. Aquí seguirán encontrando, como lo encontraron los que vivieron con ella, consuelo en sus dolores, aliento en sus empresas, y luz y esperanza en sus momentos oscuros, ánimo para seguir caminando y para descubrir, en medio de las alegrías y las fatigas de cada día, la mano amorosa de un Dios Padre que siempre salva.

Y a nosotras, Hijas de Jesús, ¿qué nos dicen sus cenizas, hoy, reposando junto a Cristo Eucaristía y bajo la mirada de María, estrella de nuestros caminos?

Yo siento que desde aquí nos confirma en que la verdadera Hija de Jesús es la que vive como vivió ella: bien asentado su corazón en el amor a Jesucristo, firme y decidida en la misión que Él le confió, apoyada en la seguridad que le daba su fe, abandonada a su voluntad y alegre en su servicio.

Siento que desde aquí hoy nos llama a venerar unas cenizas, no con nostalgia de pasado, sino con el compromiso de seguir dando vida al carisma que ella nos dejó y a encarnarlo en el hoy de nuestra historia. Siento que nos lanza el reto de ser buena noticia de Jesús en un mundo desesperanzado, a ser testigos de comunión en un mundo tan poco fraterno, a servir desde nuestra misión de educadoras para que el mundo sea un poco más humano.

Venir a venerar aquí en Mostenses a la M. Cándida desde todos los puntos de la tierra, es llegar a casa, al primer hogar de nuestra gran familia para encontrar, también las Hijas de Jesús, aliento en nuestro trabajo, calor en el corazón y renovar las ganas de trabajar por el Reino. Venir aquí es volver a encontrarnos, en la M. Cándida, con la savia, siempre joven, de nuestra vocación primera, es dejarnos cuestionar en nuestra respuesta a las acuciantes necesidades de los hombres y mujeres de nuestra sociedad. Es dejarnos contagiar por la respuesta tan valiente y decidida que dio al Señor la M. Cándida. No tenemos hoy las Hijas de Jesús ni menos dificultades ni más pobreza de recursos que tuvo ella. ¿Sabremos descubrirlo que hoy, en nuestras circunstancias, el Señor nos pide y encontrará en nosotras una respuesta semejante a la suya?.

Venerar sus restos es también preguntarnos hoy si nuestra vida está respondiendo a nuestra vocación de Hijas de Jesús, si vivimos nuestra consagración a Dios sin condiciones: si la razón de lo que hacemos o dejamos de hacer es el “Dios lo quiere” de la M. Cándida, o si nuestra vida se rige, más o menos conscientemente, por otros principios.

Venir aquí y encontrarnos con la Madre, tendría que ser para cada Hija de Jesús un tiempo de purificar intenciones y actuaciones y de recobrar aquella fe decidida y aquella libertad interior que manifestaba en una de sus cartas. “Estoy siempre dispuesta y preparada para hacer la voluntad de Dios en todo y para todo” (C. 64. A. Antonia Robles) o en aquella otra expresión de sus Apuntes Espirituales : “ Con frecuencia o siempre que voy hacer algo, tendré a Jesús presente, y diré: ¿Esto le agradará a Dios?. Si le agrada, cueste lo que cueste, lo hago; y si no le agrada, aunque me maten, no lo hago”.

Hoy le pido a la Madre: que nos ensanche el corazón, que nos haga mujeres valientes, sin miedos que nos paralicen, que le pida al Señor para cada Hija de Jesús la libertad de los hijos de Dios para dejarnos guiar por Él y por los caminos por donde quiera conducirnos. Ójala, como la M. Cándida, podamos , en cualquier circunstancia de nuestra vida personal o comunitaria, decir, desde el fondo del corazón, porque estemos convencidas de ello: ¡Bendito sea Dios que tanto nos quiere !.

2. EN LA CLAUSURA DEL AÑO JUBILAR

Tolosa 1 junio 1996

Queridas hermanas:

En mi primera carta a todas vosotras, el 13 de mayo pasado, os decía: “Me alegro de anunciaros que el 31 de Mayo, por cumplirse el 150º aniversario del nacimiento de la M. Cándida, entramos en un año jubilar. Lógicamente quedará marcado por la beatificación que esperamos. Desde esta coincidencia, la mejor manera de vivir este año de gracia es seguir con renovada intensidad, la profundización congregacional de la persona y obra de la Madre, y la pastoral para que también llegue a todas aquellas personas que, a través de nuestra misión, están participando en ella.”.

Ha pasado un año, intenso en el esfuerzo por vivir esta pastoral en nuestras comunidades y en nuestra misión. Hemos palpado la preparación que llevaban los peregrinos en los actos de la beatificación. Como algunos amigos nos han dicho se notaba “alma” en todas las celebraciones. A todas quiero daros las gracias por haber acogido, tan desde el corazón, lo que este año nos ofrecía. Con respecto a la pastoral de la H. Mª Antonia , nos ha faltado tiempo, pero trataremos de vivir con intensidad la post-beatificación; el próximo año centenario de su nacimiento puede ser un buen motivo.

Hoy clausuramos este año, nunca mejor dicho “jubilar”, pues lo cerramos con el júbilo y la alegría de las dos beatificaciones. Muchas de nosotras nos habremos preguntado alguna vez: y después de la beatificación, ¿qué?. Este año jubilar no cierra una página de nuestra historia; es un hito en ella, pues nos lanza con fuerza hacia un futuro.

Nuestro futuro como Hijas de Jesús

La mirada hacia este futuro es el tema de mi diálogo con vosotras. En la Exhortación Apostólica sobre la Vida Consagrada, Juan Pablo II plantea el futuro de la vida religiosa en relación directa con la renovación y misión de cada congregación religiosa.

Nos preguntamos: ¿Cuál es el futuro de la vida religiosa, y , en concreto, cuál es nuestro futuro como Hijas de Jesús?. El Papa habla de Congregaciones en las se perciben signos de desaparición en un futuro próximo; y nos dice que todas las demás están llamadas a renovarse en profundidad. No parece el primero nuestro caso, porque percibimos en nuestra Congregación signos claros de vitalidad. Tenemos claridad en todo aquello que constituye nuestro patrimonio espiritual en la Iglesia. Tenemos bien definido y asimilado nuestro modo de ser y proceder, y esto nos da seguridad para seguir en nuestra misión de evangelizar por medio de la educación.

El carisma está vivo en todos los contextos. Se percibe en las hermanas un deseo de autenticidad de vida; de sencillez evangélica; de una vida más coherente con nuestro seguimiento a Jesús; más deseo de vivir la opción por el pobre; de responder en nuestra misión a las mayores necesidades. Todo esto quedó patente en los postulados que todas las comunidades hicieron llegar a la Congregación General XIV. Creo que podemos decir, con toda verdad, que estamos viviendo un momento de gracia, aunque no nos falten dificultades.

Tenemos como Congregación un camino ya andado, hecho, y ahora hemos de lanzarnos, con la misma audacia, a abrir caminos nuevos, porque estamos en un mundo nuevo y distinto. Nadie puede hacer este camino por nosotras; todas y cada una somos responsables de nuestro futuro, lo vamos construyendo en el día a día, no es algo que brota espontáneamente. El don de la vida religiosa lo recibimos en gratuidad y, a la vez, hemos de abrirnos a recibirlo constantemente.

El futuro de la vida religiosa es un tema que no puede ser tratado en abstracto. La pregunta no es cuál es el futuro de la vida religiosa, sino cuál es nuestro futuro; no cuál es la identidad de la Hija de Jesús; todavía más en concreto, cómo ser Hija de Jesús hoy en un determinado contexto.

Una cosa es cierta: el futuro, la nueva vida religiosa que deseamos, no nos van a venir llovidos del cielo, ni van a aparecer de repente. Los nuevos caminos han de ser buscados, discernidos, sufridos y vividos por nosotras. Todo depende de nuestra fidelidad dinámica al Espíritu de Jesús. Él continúa vivo y está actuando e impulsándonos hoy igual que impulsó a nuestra Madre Fundadora. Si nos dejamos

conducir por Él, tendremos que abrirnos a las “sorpresas de Dios” y responder creativamente a cada una de sus interpelaciones y exigencias.

Este Espíritu de Jesús hoy nos llama a ofrecer nuevas respuestas a los nuevos problemas que surgen en nuestro mundo, a actuar con valentía para no dejarnos avasallar por el mismo mundo al que estamos llamadas a evangelizar.

Solamente si estamos habituadas a buscar siempre y en todo la voluntad de Dios – y esto es parte de nuestro patrimonio espiritual- podremos descubrirlo y traducirlo en una vida coherente. No podemos limitarnos a señalar los pecados de nuestro mundo de hoy. Tendremos que verlos como reclamos, como llamadas a una acción evangelizadora más encarnada y actualizada. Debemos ver los signos de los tiempos, discernidos y emprender nuestra andadura con una doble fidelidad: a nuestro carisma y a nuestro tiempo, a la situación histórica concreta que nos toca vivir y al patrimonio de nuestra M. Fundadora. Necesitamos nuevos proyectos de evangelización, necesitamos abrirnos a nuevas formas de evangelizar. Pero todo esto tiene que ir acompañado de un crecimiento en la amistad y familiaridad con Dios.

Partimos hoy de una nueva visión de la vida religiosa. Más que como un estado de perfección la contemplamos como seguimiento a Jesús. El texto clásico del evangelio de Mateo 19,21: “Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme”, está siendo sustituido por el de Lucas 9,23: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y lleve su cruz de cada día y sígame”. Viene primero la pasión por Jesús, deseo de seguirle.

Estamos llamadas a que nuestra vida sea un camino de seguimiento a Jesús; un camino que, dentro del Pueblo de Dios y hundiendo sus raíces en la consagración bautismal, es valioso y merece la pena. Tiene sentido siempre que el ser humano aspire a alcanzar la verdad y lo trascendente; un camino enraizado y ratificado en la Palabra de Dios, que cuestiona y contradice las verdades torcidas y egocéntricas de la sociedad humana. Tiene sentido en un mundo que, en medio de la abundancia, crea pobreza; en medio del poder, crea indefensos; y en medio del bullicio, hace que las personas se encuentren solas.

Estamos llamadas a ser un testimonio de que cuanto más se vive de Cristo tanto más se le puede servir en los demás hasta llegar a las zonas de frontera en la misión, aunque sea a costa de enfrentar mayores riesgos.

Nuestro futuro pasa por la renovación de nuestra misión

Cuando la misión entra en crisis, la identidad de nuestra vocación pierde visibilidad y significación. Cuesta ver en ella entonces el signo de radicalidad evangélica, cuesta responder adecuadamente a la gran pregunta: ¿Por qué ser religiosa hoy?, y ni nosotras somos felices, ni nuestra forma de vida parece tener mucho sentido a los ojos de los demás.

La misión, el envío, significan, en la tradición de la vida religiosa, ir más lejos, ir a anunciar a Jesús y su Reino e ir a liberar de todas las fuerzas de opresión y destrucción que encadenan a las personas, para que el Reino se vaya haciendo presente allí donde no está.

No se necesitan los tres votos de la vida religiosa para realizar esta misión en la Iglesia, pero sí se necesitan para realizarla de un modo original y propio. La originalidad le viene de la opción por lugares difíciles, de la disponibilidad para esa misión y de la gratuidad con la que se realiza. La pasión por Jesús y por su Reino me lleva a hacer los votos. La misión es la motivación para ser libre – obediente-, pobre y célibe.

Si el sentido de misión está vivo en nosotras, nos será más fácil discernir las mayores necesidades de nuestro mundo y encontrar los lugares de frontera a los que está llamada, hoy y siempre, la vida religiosa. En la Exhortación Apostólica "Vita consecrata", el Papa nos señala tres campos de frontera con los que nosotras, desde nuestra misión de educadoras, nos sentimos fácilmente identificadas: la escuela cristiana, las nuevas pobrezas y la misión "ad gentes".

Pero no basta con estar presentes en estos campos; se requiere un modo de estar. No toda escuela evangeliza ni toda presencia es evangelizadora. Es el Espíritu el que nos hace sentir deseo de renovar nuestro modo de presencia. En respuesta a estos deseos, la Congregación General XIV nos llama y nos lanza a renovar nuestra acción educativa, a oír lo que Dios nos dice a través de la realidad, a discernir si estamos donde tenemos que estar y haciendo lo que estamos llamadas a hacer.

Tendremos que evaluar, repensar, considerar con realismo, cómo mantener la autenticidad de nuestra misión educativa. Tenemos que discernir y planificar para ir cogiendo los nuevos caminos que entran dentro de nuestra misión, las nuevas formas de presencia que hagan más nítida nuestra identidad evangélica.

Al ver este deseo de renovación podemos decir que nuestro carisma está vivo. Cuando lo que hacemos pierde el sentido de misión, el Espíritu nos lo hace sentir y nos inquieta. Cuando, desde lo que somos, sentimos que estamos dando respuesta a las necesidades reales, somos capaces de comprometernos sin reservas. Tenemos que reconocer que la misión puede estar en crisis no solo por no estar en lugares de frontera. Puede estar en crisis hoy también por otros motivos. No puedo analizarlos todos. Voy a fijarme en los que parece inciden más en nosotras.

-La complejidad de las obras y nuestra calidad de vida. Las obras educativas se nos han hecho, en muchos casos, grandes y complejas. Tenemos la impresión de que no llegamos a todo y eso nos crea tensión. Vamos perdiendo, casi sin darnos cuenta, el sentido de misión: de estar allí enviadas a evangelizar. Los medios se nos van convirtiendo en fines y nos encontramos, a veces, siendo más profesionales que agentes evangelizadores, más haciendo tareas que viviendo en misión. En estos casos es fácil que nos sintamos atrapadas por el cansancio, el agobio, el desánimo. El yugo de Jesús se nos hace pesado porque ya no es de Jesús. Dejamos de ser sencillas como los pequeños y el Padre no se nos puede revelar. (Cfr. Mt 11, 25-30).

*-El envejecimiento y disminución de miembros e*ntre nosotras, como ley de vida, no podemos negarlo como hecho real; tampoco la disminución de vocaciones. Es algo que nos preocupa. Tenemos que afrontarlo con seriedad, comprometiéndonos todas en la pastoral vocacional y reajustando nuestras obras a las fuerzas con las que vamos a contar en los próximos años. Tenemos que ver juntas qué Congregación vamos dejando a las Hermanas más jóvenes. Al mirar a la entera Congregación vemos que el número de vocaciones ha disminuido en algunos lugares y se mantiene, e incluso crece, en otros. Tenemos en la actualidad ciento cincuenta jóvenes en formación, pero ese número no suple las bajas y, por tanto, vamos a disminuir. Esto cuestiona el modo de llevar nuestras obras, y nos está urgiendo a clarificar más y más, en la vida de todos los días, la finalidad de las mismas, que no es otra que ser cauces o plataformas de evangelización.

El hecho de ser menos no puede quitarnos la paz. Nuestra misión en la Iglesia no es solucionar todas las necesidades, sino ser presencia evangélica en algunas de ellas.

Nuestras escuelas nunca serán suficientes. No podemos evitar que siga habiendo pobres, ni siquiera que aparezcan nuevas pobrezas. No llegaremos a que todos oigan hablar de Jesús, e incluso veremos a nuestro lado que aquellos que podrían oírlo no nos escuchan o han olvidado lo que aprendieron.

No se nos pide el éxito, se nos pide que seamos fieles a nuestro compromiso de seguir a Jesús e ir donde quiera enviarnos para ser así presencia suya, "luz y sal de la tierra". (Cfr. Mt. 5,13-14).

La fidelidad, la disponibilidad que hace fecunda la misión de una Hija de Jesús, no disminuyen porque disminuyamos el número de miembros; disminuyen cuando cada una de nosotras no vive esa fidelidad y disponibilidad.

Nuestro futuro pasa por una mayor calidad de vida.

No es problema de cantidad, se trata de la calidad de nuestra vida. Sabéis que hay cosas en ella que nos preocupan a todas. Todas las conocemos y todas, de un modo o de otro, somos responsables. El futuro de la Congregación no estará en crisis si mi vida de Hija de Jesús es lo que tiene que ser.

No se trata de que la vida de las Hijas de Jesús, en abstracto, tenga sentido; se trata de que mi vida, como Hija de Jesús, lo tenga, siendo lo que está llamada a ser. Lo importante es que nos cuestionemos cada una cómo vivimos nuestra vida religiosa que comenzó por una llamada a dejarlo todo por Cristo, sin anteponerle nada, para así, siguiéndole sin condicionamientos, poder participar en su misterio de Pascua, de muerte y vida.

De la respuesta que demos a esa llamada, en el día a día, depende nuestra fecundidad en la misión, la gratuidad con que amemos a los pobres y también el atractivo vocacional de nuestra vida para las nuevas generaciones.

Después de haber compartido con vosotras estas inquietudes, os invito a leer, en clima de oración, la Fórmula de nuestra profesión perpetua, y a tratar de revivir el espíritu con el que la hicimos. Sin duda, se nos ha pegado mucho polvo en el camino, que para muchas ya ha sido largo. Las dificultades de la vida han podido hacernos caer y es posible que nos hayan dejado huella. No importa. Recordemos que "la paciencia de Dios es nuestra salvación ". (Cfr, 2 Pe 3,15). Leamos la Fórmula, dejando que cuestione nuestra vida, sin poner condiciones. ¿No será que con nuestra vida estamos diciendo muchas veces: te sigo en pobreza, siempre que… no me falte nada; en castidad, siempre amar a las personas no me exija demasiado; en obediencia; siempre que tu voluntad, Señor, coincida con la mía; iré donde quiera que vayas, pero…

Tengamos un diálogo, cara a cara, con la M. Fundadora. Vayamos cada una, vayamos también como comunidad, a repasar con ella nuestra vida. Hagamos un espacio interior de silencio y quietud para perder el miedo de nuestras incoherencias y medianías. No pensemos, no razonemos, no tratemos de justificarnos; escuchemos con paz y serenidad lo que ella nos dice hoy, y tratemos de responder desde la vida.

Todas podemos saber por experiencia que abandonar rutinas y mediocridades no es tarea fácil, exige, en cierto modo, volverá encontrar el camino y nos puede dar miedo de nosotras mismas. Tenemos asegurada la intercesión de nuestra beata Cándida Mª de Jesús que sigue animándonos y ayudándonos a ser esa "verdadera Hija de Jesús" que tanto deseaba para nosotras. Y tenemos también el ejemplo de la beata Mª Antonia Bandrés que nos enseña con su vida lo que es andar el camino, que nos impulsa a llegar a la cumbre, a vivir de fe y a darnos sus medianías.

Y a nuestro lado tenemos Hijas de Jesús, hoy, que hacen el camino con nosotras, que viven su vocación con entereza y autenticidad, que probablemente desde la sencillez de lo ordinario nos sorprenden por su capacidad de amor y entrega, y por eso, experimentan la paz, el gozo , la alegría, la ternura que dan sentido a sus vidas. Ellas son las Hijas de Jesús que han hecho y hacen futuro.

Recordemos lo que el Santo Padre nos decía el 12 de mayo en la homilía de la beatificación: "El testimonio de vida de estas dos beatas llena de gozo a la Iglesia y ha de mover a su Congregación… a seguir sus ricas enseñanzas, el modelo de su entrega y la perseverancia en su fidelidad al carisma recibido del Espíritu".

Que ese mismo Espíritu nos empuje y nos dé fuerza para vivir en esperanza y alegría nuestro camino hacia el futuro.